

## Los Contem pora neos

Cuando veo en la pantalla de "Veinticuatro horas" que el presentador, señor Sánchez Ocaña, inicia una sonrisa, siento helárseme el corazón. ¿Qué catástrofe irá a enunciar? A veces, uno respira. La catástrofe es menor. Solamente es que el ministro de Agricul-

### «L'HOMME QUI RIT»

tura, señor Allende, ha comparecido en las Cortes con unas muletas, como consecuencia de un accidente deportivo. ¡Vaya por Dios!, como dijo un día el señor Sánchez Ocaña al comentar el horrendo hundimiento de una mina, un suceso de muchos muertos. Teniendo las piernas del señor Allende una importancia considerable menor que su cerebro para el desarrollo de la agricultura, y siendo un valor abstracto infinitamente inferior a otras piernas nacionales, como las de Antonio o Mariano Haro, la noticia no era grave. Pero al tratarse de un ministro, el señor Sánchez Ocaña creyó, sin duda, muy oportuno dedicarle la sonrisa que generalmente reserva para las grandes tragedias nacionales y extranjeras.

El caso tiene su importancia, porque no es aislado. Pertenece a una técnica y a un espíritu. La técnica de la sonrisa, el espíritu de la sonrisa. Podrían, los aficionados a las divisiones generacionales, hablar de la generación de la sonrisa. "Sonría, por favor", dice una de las consignas conminatorias adheridas a las ventanillas de los automóviles. ¡Diablos, no quiero! Sonríe cuando tengo motivo, río a carcajadas si la ocasión se presenta, me enfado, lloro si es preciso, doy grandes golpes en la mesa cuando una breve ira se apodera de mí y, en suma, tengo los matices necesarios para responder a los estímulos de la vida. La orden de sonreír me parece extraída de "Un mundo feliz", de Huxley, o de "1984", de Orwell. Es la mueca del "no pasa nada", del "no puede pasar nada". La sonrisa engañosa del médico que se acerca a la cabecera del enfermo condenado y que no lo sabe; la de

la madre que quiere evitar a su hijo que conozca "tan pronto los sabores de la vida", la del héroe de novela que sonríe a su mujer cuando ya por la escalera sube el portador de la letra que no podrá pagar y le arrojara al suicidio (nove-

la de otros tiempos: las letras, hoy, no se pagan ni incitan al suicidio, a no ser al librador). Es, en suma, un paternalismo.

Cuando el señor Sánchez Ocaña se enmarca como un Giocondo en la televisión, su sonrisa no es suya: se la ha pintado un Leonardo superior, invisible. Es la sonrisa de la superioridad, la sonrisa de la consigna. ¿Hay una escuela de la sonrisa en Prado del Rey? ¿Se enseña allí un arte de evasión, un arte por el arte para dar noticias, para informar, para presentar lo que sea?

En un viejo folletín francés, famoso e inolvidable, había un personaje terrible: era "l'homme qui rit", el hombre que ríe. Tampoco su sonrisa era suya: era consecuencia de un accidente, de una cicatriz que le había abierto la boca de oreja a oreja. Todas las desgracias que le sucedían, todas las venganzas que tenía que realizar las hacía con esta mueca en la cara. No nos dejemos causar esta cicatriz de la sonrisa. La sonrisa es nuestra, y la risa, y el llanto. Que se nos permita administrar el movimiento de nuestros músculos faciales, y que se nos permita expresar nuestro descontento, nuestro enfado, nuestra cólera cuando sea necesario. La vida está compuesta de catástrofes y de triunfos, de penas y alegrías, y tiene un cierto relieve; no es plana, no es monótona, aunque los países tengan un gobierno carismático, una situación imperfectible, una moneda estable y un río de turistas en las puertas del verano. Que nos quede, por lo menos, la facultad de angustiarnos con las catástrofes del extranjero. ¿O es que debemos sonreírnos de que siempre pasen en el extranjero?

POZUELO



Hitler, en 1934, durante la celebración del Día del Partido en Nuremberg.

### ALEMANIA FEDERAL

## EL REGRESO DE HITLER

**Veintiocho años después de su autodestrucción en el bunker de Berlín, su rostro está ahora en los quioscos de periódicos y en las pantallas de cine.**

¿Qué aspecto tendría Hitler si viviera ahora? ¿Es posible imaginárselo como un anciano de ochenta y seis años? Los hubiese cumplido el 20 de abril. Los nazis alemanes habían encontrado una forma resonante de celebrarlo: secuestrando un avión para canjearlo por el prisionero de Spandau, Rudolf Hess, el lugarteniente de Hitler. Falló.

Pero de una curiosa manera, Hitler ha revivido en Alemania Federal: por medio de una película, una coproducción anglo-italiana, titulada «Hitler: los últimos diez días». ¿Quién podía ser Hitler sino Alec Guinness? ¡El hombre de las mil caras! Alec Guinness ha ganado el título de sir cambiando de rostro en cada película, y en algunas varias veces. La ver-

dad es que siempre se ha visto a Alec Guinness debajo del personaje, y eso es lo que gusta. No en este caso. No se ve a Hitler, sino a Alec Guinness, y ello parece que causa un cierto malestar. En general, la película ha inquietado. Los veintiséis cines que la proyectaron el día del cumpleaños del Führer estaban llenos. El público salió silencioso. Los mayores, los que recordaban a Hitler vivo, entendían que la película no había captado ni la figura real ni «el aura a la cual sucumbieron millones de personas», como escribe «Die Zeit», en Berlín, o la «magia negra» de Hitler, según una espectadora preguntada por un reportero de la United Press.

«Hitler ha vuelto — escribe "Der Spiegel" —. Veintiocho años des-

# WATERGATE/WATERLOO

**A Nixon se le menciona poco en las acusaciones, en razón de que acusarle a él sería tanto como acusar a la Presidencia...**

pués de su autodestrucción en su bunker de Berlín, su rostro está ahora en los quioscos de periódicos, en las pantallas de cine. Adolfo Hitler está volviendo a la conciencia de los alemanes. Nunca en la historia de la posguerra alemana ha habido semejante corriente de publicidad en torno a Hitler».

La verdad es que en estos veintiocho años apenas se hablaba de Hitler o se le citaba nada más que en textos históricos. En cualquier otro país del mundo ha habido muchos más libros, documentales, películas o reportajes sobre Hitler que en la Alemania Federal. Representaba una considerable molestia para todos, y todos se sentían un poco culpables. En líneas generales, el silencio anómalo de estos años resultaba más inquietante que esta explosión actual, que este regreso de la imagen. Sin embargo, los que vivieron el período hitleriano dudan de que la Historia pueda ser reconstruida de alguna manera, de que los jóvenes puedan llegar a saber a través de estos medios de información lo que fue realmente Hitler. «Todos aquellos que nacieron después de la guerra tendrán mucha dificultad en comprender el ascenso y caída sin paralelos posibles de aquel seductor de masas —escribe "Die Zeit"—, porque ni los libros, las películas o los discos pueden traer a la vida el aura que hizo sucumbir a millones de personas».

Uno de los libros nuevos sobre Hitler —han aparecido ocho en estos días hechos por alemanes, además de las traducciones de libros extranjeros— parece que responde a esa misma cuestión con un título-pregunta: «¿Vio usted a Hitler alguna vez?». La idea de que haya que haber visto a Hitler o vivir en su tiempo para comprenderle es la favorita de todas las interpretaciones periodísticas, y parece corresponder al mito habitual del «yo estuve allí» con el que los testigos o los mayores quieren mantener una superioridad sobre los demás. La realidad es que ni Hitler, ni sus amigos, ni sus descendientes ideológicos —que están en Alemania, que están en todas partes, unos con la nostalgia valientemente confesada, otros con un nazismo solapado y clandestino, revestido de mil nombres distintos—, ni sus víctimas y sus supervivientes están tan lejanos como para que no puedan ser comprendidos.

Parece que entre las publicaciones más interesantes está la de una serie de cartas inéditas de Adolfo Hitler, descubiertas muy recientemente, y que también puede tener interés una película que se anuncia para pronto con el título de «La vida privada de Adolfo Hitler».

No sin cierto estupor leo las noticias del llamado escándalo de Watergate en los Estados Unidos: se acusa al partido republicano en el poder de haber espionado, con ayuda de micrófonos y otros prodigiosos inventos electrónicos, las reuniones de la oposición en Watergate. ¿Y por qué no? ¿Qué comportamiento se espera que un partido en el poder tenga con la oposición? ¿Y si el señor McGovern, si el señor Sargent Shriver, estuviesen subvencionados por Pekín? ¿Y si cuando estuviesen reunidos, creyéndose solos, sacasen sus barbas reales de castristas y se las pusieran sobre sus falsas caras lampiñas de estadounidenses? ¿Y si estuviesen preparando bolsitas de heroína, liando cigarrillos de marihuana para desmoralizar a la juventud del país hasta el punto de que pudiesen votar contra la guerra de Vietnam, a favor de la liberación de costumbres, de la igualdad de razas, de la igualdad de sexos?

Sólo la fuerte inmoralidad reinante, sólo la pérdida de valores eternos en algunos países escasillos de reservas, sólo la corrupción espiritual del mundo contemporáneo puede criticar a un grupo que ocupa el poder por espiar, vigilar y controlar la oposición. En todo caso, podrían emitirse quejas de lo contrario: de la facilidad que dan los poderes en los Estados Unidos para la existencia de grupos opuestos. Hay países que son bastante más conscientes de sus deberes: en las Grecias, se les encarcela; en los Brasiles, se les tortura, y en caso de que el poder sea demasiado

débil, un poder paralelo —la "escuadra negra"— los asesina en desdoblado. Esas son medidas realmente eficaces para acabar con la oposición.

Sin embargo, hay escuelas políticas favorables a esa especie de aberración que corroe a los poderes. Hay quien cree que cuando no hay oposición es necesario inventarla. Una escuela española profundiza bastante en este tema de la invención de la oposición, aunque le busque otros nombres: disparidad, diferencia de criterios. Es la escuela que habla de asociación o de participación como principio de una nomenclatura más variada. El nacimiento de una oposición no es tan fácil. Aquí no la hay, en razón de que vivimos en un mundo volteriano, con perdón. El mundo que el doctor Pangloss, en "Cándido" (o el optimismo), definía con esta o perniciosa frase: "Todo va por lo mejor en el mejor de los mundos posibles". ¿Quién sería capaz de asumir el papel de la oposición en un mundo feliz? Por eso es preciso designarla. Incluso de oficio. Porque falta un detalle para que sea el mejor de los mundos posibles, y es la existencia de una oposición que, al mismo tiempo, no lo sea. El ser y la nada, que diría Jean-Paul Sartre.

Dejemos España, volvamos a los Estados Unidos. Dicen que Watergate puede ser el Waterloo de Nixon, aunque, generalmente, se le menciona poco en las acusaciones, en razón de que acusarle a él sería tanto como acusar a la Presidencia, y la corrupción moral de los Estados Unidos no ha

llegado a tanto. He aquí un ejemplo clásico de lo que ocurre por excederse en las licencias a la oposición. Si no la hubiese permitido, si no hubiese autorizado más que una disidencia dentro de la unidad, y siempre con aspectos constructivos, no hubiese tenido que espiarla. Y no se vería envuelto en este escandaloso caso, donde, me parece a mí, lo más escandaloso es que se haya podido descubrir que existía ese sistema de espionaje de las reuniones privadas del partido demócrata. ¡Esa sería una crítica constructiva! Una crítica a la imperfección del sistema empleado por los detectives del poder... Y una crítica al libertinaje en la prensa —ya se sabe que no hay que confundir libertad con libertinaje: es una frase española que no se ha exportado lo suficiente—, que ha publicado el caso con demasiados detalles.

Todo podría haberse evitado a tiempo si se hubiesen examinado a fondo, y a la luz del día, las imperfecciones en la inscripción de periódicos como el "Times", de Nueva York, o el "Post", de Washington. Seguro que se hubieran encontrado. Y sus detestables propietarios hubieran tenido que volarlos con dinamita, víctimas de la propia "falsificación periodística, montada sobre las ambiciones personales, cuyo balance es un solar lleno de escombros", como muy justamente decía "Pueblo" al comentar la voladura del diario "Madrid". Nunca nos cansaremos de repetir que estamos a la vanguardia del mundo. ■ P.



El hotel Watergate.